

MICHEL DE MONTAIGNE

LOS ENSAYOS

SEGÚN LA EDICIÓN DE 1595
DE MARIE DE GOURNAY

PRÓLOGO DE ANTOINE COMPAGNON
EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE J. BAYOD BRAU

BARCELONA 2007



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Les Essais*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la edición, las notas, el estudio introductorio y la traducción,
2007 by Jordi Bayod Brau
© del prólogo, 2007 by Antoine Compagnon
© de esta edición, 2007 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

Esta obra se benefició del apoyo del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación (P. A. P. García Lorca)

ISBN: 978-84-96834-17-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 33 040-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

NOVENA REIMPRESIÓN *febrero de 2020*
PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2007*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PRÓLOGO, <i>por</i> ANTOINE COMPAGNON	XI
ESTUDIO INTRODUCTORIO Y BIBLIOGRAFÍA SELECTA	XXIX
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN	LI
LOS ENSAYOS	I
AL LECTOR	5

LIBRO I

I. Puede lograrse el mismo fin con distintos medios	9
II. La tristeza	14
III. Nuestros sentimientos se arrastran más allá de nosotros	19
IV. Cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos	29
V. Si el jefe de una plaza sitiada debe salir a parlamentar	33
VI. El momento de parlamentar es peligroso	37
VII. La intención juzga nuestras acciones	41
VIII. La ociosidad	43
IX. Los mentirosos	45
X. El habla pronta o tardía	52
XI. Los pronósticos	55
XII. La firmeza	62
XIII. La ceremonia de la entrevista entre reyes	65
XIV. Se sufre castigo por obstinarse en defender una plaza sin razón	67
XV. El castigo de la cobardía	69

LOS ENSAYOS DE MICHEL DE MONTAIGNE

xvi. Un rasgo de ciertos embajadores	71
xvii. El miedo	75
xviii. Que nuestra suerte debe juzgarse sólo tras la muerte	79
xix. Que filosofar es aprender a morir	83
xx. La fuerza de la imaginación	108
xxi. El provecho de uno es daño para otro	125
xxii. La costumbre y el no cambiar fácilmente una ley aceptada	127
xxiii. Resultados distintos de la misma decisión	152
xxiv. La pedantería	165
xxv. La formación de los hijos	182
xxvi. Es locura referir lo verdadero y lo falso a nuestra capacidad	233
xxvii. La amistad	240
xxviii. Veintinueve sonetos de Étienne de La Boétie	264
xxix. La moderación	265
xxx. Los caníbales	273
xxxi. Hay que dedicarse poco a juzgar las reglas divinas	293
xxxii. Huir de los placeres a costa de la vida	297
xxxiii. La fortuna se encuentra a menudo con el curso de la razón	299
xxxiv. Un defecto de nuestros Estados	304
xxxv. La costumbre de vestirse	306
xxxvi. Catón el Joven	311
xxxvii. Cómo lloramos y reímos por lo mismo	317
xxxviii. La soledad	322
xxxix. Consideración sobre Cicerón	338
xl. Que la experiencia de los bienes y los males depende en buena parte de nuestra opinión	345

CONTENIDO

XL I. No compartir la propia gloria	374
XL II. La desigualdad que hay entre nosotros	378
XL III. Las leyes suntuarias	392
XL IV. El dormir	395
XL V. La batalla de Dreux	398
XL VI. Los nombres	400
XL VII. La incertidumbre de nuestro juicio	408
XL VIII. Los caballos destreiros	417
XL IX. Las costumbres antiguas	430
L. Demócrito y Heráclito	436
LI. La vanidad de las palabras	441
LII. La frugalidad de los antiguos	445
LIII. Una sentencia de César	447
LIV. Vanas sutilezas	449
LV. Los olores	454
LVI. Las oraciones	457
LVII. La edad	472

LIBRO II

I. La inconstancia de nuestras acciones	479
II. La embriaguez	489
III. Costumbre de la isla de Ceos	503
IV. Las obligaciones, para mañana	524
V. La conciencia	527
VI. La ejercitación	533
VII. Las recompensas honoríficas	548
VIII. El amor de los padres a los hijos	554

LOS ENSAYOS DE MICHEL DE MONTAIGNE

IX. Las armas de los partos	580
X. Los libros	585
XI. La crueldad	605
XII. Apología de Ramón Sibiuda	628
XIII. Juzgar de la muerte ajena	913
XIV. Cómo nuestro espíritu se estorba a sí mismo	923
XV. Que nuestro deseo aumenta con la dificultad	924
XVI. La gloria	933
XVII. La presunción	953
XVIII. El desmentir	1000
XIX. La libertad de conciencia	1007
XX. Nada de lo que experimentamos es puro	1014
XXI. Contra la holgazanería	1019
XXII. Las postas	1025
XXIII. Malos medios empleados para un buen fin	1027
XXIV. La grandeza romana	1033
XXV. No fingirse enfermo	1035
XXVI. Los pulgares	1038
XXVII. La cobardía, madre de la crueldad	1040
XXVIII. Todas las cosas tienen su hora	1053
XXIX. La virtud	1057
XXX. Un niño monstruoso	1068
XXXI. La ira	1070
XXXII. Defensa de Séneca y de Plutarco	1081
XXXIII. La historia de Espurina	1090
XXXIV. Observaciones sobre los medios que Julio César usaba para hacer la guerra	1101
XXXV. Tres buenas mujeres	1113

CONTENIDO

xxxvi. Los hombres más excelentes	1123
xxxvii. La semejanza de los hijos con los padres	1134

LIBRO III

i. Lo útil y lo honesto	1179
ii. El arrepentirse	1201
iii. Tres relaciones	1221
iv. La diversión	1238
v. Unos versos de Virgilio	1253
vi. Los carruajes	1341
vii. La desventaja de la grandeza	1369
viii. El arte de la discusión	1376
ix. La vanidad	1409
x. Reservar la propia voluntad	1496
xi. Los cojos	1529
xxii. La fisonomía	1545
xviii. La experiencia	1589

SENTENCIAS E INSCRIPCIONES PINTADAS EN EL GABINETE Y EN LA BIBLIOTECA DE MONTAIGNE	1671
---	------

CRONOLOGÍA	1683
------------	------

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE «LOS ENSAYOS»	1707
------------------------------------	------

animosidad hacia el prójimo, tras haberla ocultado toda la vida. Demuestran cuidarse poco de su honor, pues irritan al ofendido contra su memoria, y menos de su conciencia, pues ni siquiera por respeto a la muerte han sido capaces de dejar morir su mala disposición, y prolongan la vida de ésta más allá de la suya. ¡Inicuos jueces, que aplazan el juicio hasta el momento en que ya no tienen conocimiento de causa!⁹ Yo me guardaré, si puedo, de que mi muerte diga nada que primero no haya dicho mi vida, y abiertamente.

CAPÍTULO VIII LA OCIOSIDAD

a | **V**emos que las tierras ociosas, si son ricas y fértiles, rebosan de cien mil clases de hierbas salvajes e inútiles, y que, para mantenerlas a raya, es preciso someterlas y dedicarlas a determinadas semillas para nuestro servicio.¹ Y vemos asimismo que las mujeres producen por sí mismas molas y pedazos de carne informes, pero que, para efectuar una generación buena y natural, hay que ocuparlas con otra semilla.² Lo mismo ocurre con los espíritus. Si no los ocupamos en un asunto determinado que los refrene y obligue, se lanzan en desorden, a diestro y siniestro, por el vago campo de las imaginaciones:

*b | Sicut aquae tremulum labris ubi lumen abenis
sole re percussum, aut radiantis imagine Lunae*

⁹ Es decir, hasta el momento en que ya no pueden ser jueces.

¹ Cfr. Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, I, 32.

² Plutarco, *Deberes del matrimonio*, 48, 145d (Montaigne parece seguir la traducción francesa de La Boétie).

*omnia peruolitat late loca, iamque sub auras
erigitur, summi que ferit laquearia tecti.*³

[Como en un vaso de bronce la luz temblorosa del agua que refleja el sol o la imagen de la luna revolotea a lo lejos, surge en el aire y golpea los artesonados de los techos más altos].

a | Y no hay locura ni desvarío que no produzcan en tal agitación,

*uelut aegri somnia, uanae
finguntur species.*⁴

[como sueños de un enfermo, se forjan vanas imágenes].

El alma que no tiene un objetivo establecido, se pierde. Porque, como suele decirse, estar en todas partes es no estar en lugar alguno:⁵

*b| Quisquis ubique habitat, Maxime,
nusquam habitat.*⁶

[Quien habita por doquier, Máximo, no habita en parte alguna].

a | Recientemente me retiré a mi casa, decidido a no hacer otra cosa, en la medida de mis fuerzas, que pasar descansando y apartado la poca vida que me resta.⁷ Se me antojaba que no podía hacerle mayor favor a mi espíritu que dejarlo conversar en completa ociosidad consigo mismo, y detenerse y fijarse en sí. Esperaba que, a partir de entonces, podría lograrlo con más facilidad, pues con el tiempo se habría vuelto más grave y más maduro. Pero veo,

³ Virgilio, *Eneida*, VIII, 22-25.

⁴ Horacio, *Arte poética*, 7-8.

⁵ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 2, 2.

⁶ Marcial, VII, 73, 6.

⁷ Se ha conservado la inscripción latina, pintada en un muro de su gabinete, con la que Montaigne solemnizó su retiro el 28 de febrero de 1571, el día que cumplía treinta y ocho años.

*uariam*⁸ *semper dant otia mentem*,⁹

[la ociosidad vuelve siempre el espíritu inestable],

que, al contrario, como un caballo desbocado, se lanza con cien veces más fuerza a la carrera¹⁰ por sí mismo de lo que lo hacía por otros. Y me alumbra tantas quimeras y monstruos fantásticos, encabalgados los unos sobre los otros, sin orden ni propósito, que, para contemplar a mis anchas su insensatez y extrañeza, he empezado a registrarlos, esperando causarle con el tiempo vergüenza a sí mismo.¹¹

CAPÍTULO IX

LOS MENTIROCOS

a | **A** nadie le cuadra menos ponerse a hablar sobre la memoria. En efecto, casi no reconozco traza alguna de ella en mí, y no creo que haya otra en el mundo tan extraordinaria

⁸ (a²) *Vanam*. ⁹ Lucano, IV, 704.

¹⁰ (a-c¹) se da cien veces más trabajo.

¹¹ En su *Diario de viaje*, Montaigne—o el secretario que redacta parte del texto—se refiere en varias ocasiones a los intensos ataques de migraña que padecía. Ahora bien, en una de ellas, comenta que hacía diez años que no le atacaba semejante mal: «Esta mañana he sufrido una pesadez de la cabeza y una turbación de la vista, como en mis antiguas migrañas, que no había sentido hacía diez años». En otro momento habla de «más de diez años» y añade: «Pero la cabeza continuaba sin recuperar su estado normal. A ciertas horas sentía esta alteración, que era agravada por el tormento de la fantasía [*travaglio della fantasia*]». Dado que estas anotaciones están fechadas en mayo y en junio del 1581 (en Pian della Fonte y en Bagni della Villa), los diez años, si efectivamente son diez, nos remiten a 1571, es decir, al período en que Montaigne lleva a la práctica su retiro. Sobre los graves efectos de la fuerza de la imaginación en Montaigne, cfr. el inicio de I, 20; sobre la melancolía que le produjo la soledad del retiro, y sobre la idea de dedicarse a escribir, cfr. el inicio de II, 8.

CAPÍTULO XXXVIII
LA SOLEDAD

a | Dejemos de lado esa larga comparación entre la vida solitaria y la activa.¹ Y en cuanto a la hermosa frase con que se cubre la ambición y la avaricia—que no hemos nacido para nuestro interés particular sino para el público—,² no temamos remitirnos a quienes están en la danza; y que se pregunten en conciencia si, por el contrario, las dignidades, los cargos y el ajetreo del mundo no se buscan más bien para sacar provecho particular de lo público. Los malos medios con los que se impulsan en nuestro siglo muestran bien que el fin no vale mucho.³ Respondamos a la ambición que es ella misma la que nos brinda el gusto por la soledad. Pues ¿qué rehúye tanto como la sociedad?, ¿qué persigue tanto como las manos libres? En todas partes se puede obrar bien y mal. Sin embargo, si la frase de Bías es verdadera—que la parte peor es la más numerosa—,⁴ o lo que dice el Eclesiastés—que entre mil no hay uno bueno—,⁵

b | *Rari quippe boni: numero uix sunt totidem, quot
Thebarum portae, uel diuitis ostia Nili,*⁶

[Porque los buenos son pocos: apenas son tantos
como las puertas de Tebas o las bocas del fértil Nilo],

a | el contagio es muy peligroso en la multitud. Hay que imitar a los viciosos u odiarlos. Ambas cosas son peligrosas:

¹ Se trata de un tema habitual en la cultura clásica y en la renacentista, tratado por ejemplo por Aristóteles (*Políticas*, VII, 2, 1324a 12 y ss.).

² Lucano, II, 383.

³ Probable alusión al maquiavelismo.

⁴ Diógenes Laercio, I, 88.

⁵ En realidad, Eclesiastés 7, 28: «Entre mil hallé un hombre, mas mujer entre todas, ni una hallé» (trad. Nácar-Colunga).

⁶ Juvenal, XIII, 26-27.

parecerse a ellos, porque son muchos; y odiar a muchos, porque son diferentes.⁷ *c* | Y los mercaderes que van al mar hacen bien de mirar si quienes viajan en el mismo barco son disolutos, blasfemos, malvados, considerando tal compañía infortunada. Por eso Bías, a quienes pasaban con él el peligro de una gran tormenta e invocaban el auxilio de los dioses, les dijo graciosamente: «Callaos, que no reparen en que estáis aquí conmigo».⁸ Y, con un ejemplo más perentorio, Albuquerque, virrey en la India del rey Manuel de Portugal, en una situación de extremo peligro en el mar, se subió a los hombros a un niño tan sólo con el fin de que, compartiendo la misma fortuna, su inocencia le sirviera de garantía y recomendación ante el favor divino para que le pusiera a salvo.⁹

a | No es que el sabio no pueda vivir contento en cualquier lugar, y aun solo, en medio del gentío de un palacio. Pero, si puede elegir, esquivará, dice, hasta su visión. Soportará aquello si es necesario; pero, si de él depende, escogerá esto. No le parece haberse librado lo bastante de los vicios si necesita luchar todavía con los ajenos.¹⁰ *b* | Carondas castigaba como a malvados a quienes eran culpables de frecuentar malas compañías.¹¹ *c* | Nada hay tan disociable y sociable como el hombre: lo primero por vicio, lo otro por naturaleza. Y no me parece que Antístenes diera una buena respuesta a quien le reprochaba su trato con malvados cuando dijo que los médicos vivían bien entre los enfermos. Porque si son útiles para la salud de los enfermos, deterioran la suya por el contagio, la visión continua y la frecuentación de las enfermedades.¹²

⁷ Cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 7, 8. ⁸ Diógenes Laercio, I, 86.

⁹ Jerónimo Osorio, *Historia de Portugal*, VIII, 9.

¹⁰ Cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 28, 6-7 (el «palacio» es en Séneca el foro, es decir, el tribunal).

¹¹ Diodoro de Sicilia, XII, 12, 3.

¹² Cfr. Diógenes Laercio, VI, 6. Pero puede evocarse también una frase que Jesucristo dirige a los fariseos: «No tienen los sanos necesidad

a | Ahora bien, su finalidad es, creo yo, la misma: vivir con más tranquilidad y más dichoso. Pero no siempre buscamos bien el camino. A menudo pensamos haber abandonado las ocupaciones y sólo las hemos cambiado. Apenas hay menos tormento en el gobierno de una familia que en el de un Estado entero. Allí donde el alma está ocupada, lo está toda ella. Y aunque las ocupaciones domésticas sean menos importantes, no son menos importunas. Además, por mucho que nos hayamos librado de la corte y del mercado, no nos hemos librado de los principales tormentos de nuestra vida:

*ratio et prudentia curas,
non locus effusi late maris arbiter, aufert.*¹³

[la razón y la prudencia liberan de las inquietudes,
no las aleja un lugar que arbitra un ancho mar].

La ambición, la avaricia, la irresolución, el miedo y las pasiones no nos abandonan porque cambiemos de región:¹⁴

*Et post equitem sedet atra cura.*¹⁵

[Y la negra inquietud va sentada tras el jinete].

Nos siguen con frecuencia hasta los claustros y hasta las escuelas de filosofía. Ni los desiertos ni las rocas excavadas ni el cilicio ni los ayunos nos libran de ellas:

*haeret lateri letalis arundo.*¹⁶

[la flecha letal está clavada en el flanco].

de médico, sino los enfermos» (Mateo 9, 12; trad. Nácar-Colunga); véase la polémica entre el pagano Celso y el cristiano Orígenes a propósito de este tema (Orígenes, *Contra Celso*, III, 61-62).

¹³ Horacio, *Cartas*, I, II, 25-26.

¹⁴ Cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 104, 8.

¹⁵ Horacio, *Odas*, III, I, 40.

¹⁶ Virgilio, *Eneida*, IV, 73.

Le dijeron a Sócrates que alguien no se había hecho en absoluto mejor con un viaje: «Lo creo», respondió; «se había llevado consigo»:¹⁷

*Quid terras alio calentes
sole mutamus? patria quis exul
se quoque fugit?*¹⁸

[¿Por qué nos mudamos a tierras calentadas por otro sol?
¿Quién, exiliado de su patria, se evita también a sí mismo?]

Si uno no se desembaraza en primer lugar, a sí mismo y al alma, del fardo que la oprime, el movimiento hará que la aplaste más, como en un navío las cargas estorban menos cuando están en reposo. Le hacéis más mal que bien al enfermo si le mandáis que se desplace.¹⁹ Ahondáis el mal al moverlo, *a*² | como las estacas se hunden y se hincan más moviéndolas y zarandeándolas. *a* | Por eso, no basta con apartarse del pueblo; no basta con cambiar de sitio; debemos apartarnos de las disposiciones populares que están en nuestro interior; hay que separarse y retirarse de sí:

b | *rupi iam uincula dicas:
nam luctata canis nodum arripit; attamen illi,
cum fugit, a collo trahitur pars longa catenae.*²⁰

[ya he roto mis cadenas, dirás: como el perro rompe el lazo a fuerza de tirones, pero en su huida arrastra un buen trozo de cadena al cuello].

Arrastramos nuestras cadenas con nosotros. No es una libertad completa, todavía volvemos la vista hacia lo que hemos dejado; nuestra fantasía está llena de ello:

¹⁷ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 104, 7; cfr. 28, 2.

¹⁸ Horacio, *Odas*, 11, 16, 18-20.

¹⁹ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 28, 2-3.

²⁰ Persio, V, 158-160.

*nisi purgatum est pectus, quae proelia nobis
atque pericula tunc ingratis insinuandum?
Quantae conscindunt hominem cupidinis acres
sollicitum curae, quantique perinde timores?
Quidue superbia, spurcitia, ac petulantia, quantas
efficiunt clades, quid luxus desidiesque?*²¹

[si nuestro corazón no está limpio, ¿qué combates y peligros no deberemos afrontar a nuestro pesar? ¿Cuántas cuitas dolorosas y también cuántos temores desgarran al hombre agitado por la pasión? Y la soberbia, la lascivia y la insolencia, ¿cuántos desastres causan? ¿Y el lujo y la desidia?]

a | Nuestro mal nos embarga en el alma; ahora bien, ésta no puede huir de sí misma:

*In culpa est animus qui se non effugit unquam.*²²
[La culpa es del alma, que nunca escapa de sí misma].

Por tanto, debemos replegarla y retirarla en su interior. Ésta es la verdadera soledad, que puede gozarse en medio de las ciudades y de las cortes de los reyes; pero se goza con más comodidad aparte.

Ahora bien, puesto que nos proponemos vivir solos, y arreglárnoslas sin compañía, hagamos que nuestra dicha dependa de nosotros mismos; desprendámonos de todas las ataduras que nos ligan a los demás, forcémonos a poder vivir solos de veras y vivir a nuestras anchas. Estilpón había escapado del incendio de su ciudad, en el cual había perdido esposa, hijos y bienes. Al verle Demetrio Poliorcetes, en medio de tal destrucción de su patria, sin miedo en el semblante, le preguntó si no había sufrido ningún daño. Él respondió que no, y que, a Dios gracias, no había perdido nada suyo.²³

²¹ Lucrecio, v, 43-48.

²² Horacio, *Cartas*, I, 14, 13.

²³ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 9, 18; cfr. idem, *La firmeza del sabio*, 5, 6; 6, 5; Diógenes Laercio, II, 115.

c | Esto es lo que el filósofo Antístenes decía con gracia: que el hombre debía proveerse de un equipaje que flotara en el agua y pudiese salvarse con él, a nado, del naufragio.²⁴

a | Ciertamente, el hombre de entendimiento nada ha perdido si se tiene a sí mismo. Cuando los bárbaros arrasaron la ciudad de Nola, el obispo Paulino, que lo había perdido todo y estaba cautivo, rezaba así a Dios: «Señor, guárdame de sentir esta pérdida, pues Tú sabes que todavía no han tocado nada de lo que es mío».²⁵ Las riquezas que le hacían rico, y los bienes que le hacían bueno, estaban aún intactos. A tal punto es bueno elegir tesoros que puedan salvarse del daño, y esconderlos en un lugar al que nadie vaya, y que no pueda ser traicionado sino por nosotros mismos. Es preciso tener mujeres, hijos, bienes, y sobre todo salud, si se puede, pero sin atarse hasta el extremo que nuestra felicidad dependa de todo ello.

Debemos reservarnos una trastienda del todo nuestra, del todo libre, donde fijar nuestra verdadera libertad y nuestro principal retiro y soledad. En ella debemos mantener nuestra habitual conversación con nosotros mismos, y tan privada que no tenga cabida ninguna relación o comunicación con cosa ajena; discurrir y reír como si no tuviésemos mujer, hijos ni bienes, ni séquito ni criados, para que, cuando llegue la hora de perderlos, no nos resulte nuevo arreglárnoslos sin ellos. Poseemos un alma que puede replegarse en sí misma; puede hacerse compañía, tiene con qué atacar y con qué defender, con qué recibir y con qué dar. No temamos, en esta soledad, pudrirnos en el tedio del ocio:²⁶

²⁴ Diógenes Laercio, VI, 6. ²⁵ San Agustín, *Ciudad de Dios*, I, 10.

²⁶ Pero véase el capítulo «La ociosidad» (I, 8). En 1581, en el *Diario de viaje* (Roma, 29 de marzo de 1581), Montaigne anota: «Nada es tan hostil a mi salud como el aburrimiento y la ociosidad»; cfr. III, 3: «Su ociosidad [de mi alma] es para mí ... una ocupación penosa y que ataca mi salud».

*b | In solis sis tibi turba locis.*²⁷

[En estas soledades, sé una multitud para ti mismo].

c | La virtud²⁸ se contenta consigo misma: sin enseñanzas, sin palabras, sin obras.

a | En nuestras acciones habituales, no hay una entre mil que nos incumba. Ése al que ves subiendo a lo alto de las ruinas de un muro, furioso y fuera de sí, expuesto a tantos arcabuzazos, y ese otro, lleno de cicatrices, transido y pálido por el hambre, resuelto a reventar antes que a abrirle la puerta, ¿piensas que están ahí por sí mismos? Por alguno, tal vez, al que nunca han visto y que no sufre ninguna inquietud por su situación, sumido como está, entretanto, en la ociosidad y las delicias. Éste al que, pasada la medianoche, ves salir pituitoso, con legañas y mugriento de un estudio, ¿crees que busca entre los libros cómo hacerse más hombre de bien, más feliz y más sabio? Ninguna noticia. Morirá en ello o instruirá a la posteridad sobre la medida de los versos de Plauto y sobre la verdadera ortografía de una palabra latina.²⁹ ¿Quién no cambia gustosamente salud, reposo y vida por reputación y gloria, la más inútil, vana y falsa moneda de que nos servimos?³⁰ Nuestra muerte no nos asustaba lo bastante; carguemos también con la de esposas, hijos y sirvientes. Nuestros asuntos no nos daban bastante preocupación; asumamos también, para atormentarnos y quebrarnos la cabeza, los de vecinos y amigos:

*Vah! Quemquamne hominem in animum instituere, aut parare, quod sit charius quam ipse est sibi?*³¹

[¡Vaya! ¿Acaso un hombre puede meterse en el espíritu, o acoger, algo que le sea más querido que él mismo?]

²⁷ Tibulo, IV, 13, 12.

²⁸ (c1) dice Antístenes [Cfr. Diógenes Laercio, VI, 11].

²⁹ Cfr. Erasmo, *Elogio de la locura*, 49.

³⁰ Cfr. *ibidem*, 50.

³¹ Terencio, *Adelfos*, I, 1, 13-14.

c | La soledad me parece más plausible y razonable entre quienes han entregado al mundo su edad más activa y floreciente, siguiendo el ejemplo de Tales.³² a | Ya hemos vivido bastante para los demás; vivamos para nosotros al menos este extremo de vida. Dirijamos hacia nosotros mismos y hacia nuestra felicidad pensamientos e intenciones. No es poco asegurar la retirada; nos da suficiente trabajo sin haber de añadir otras empresas. Puesto que Dios nos concede tiempo para disponer de nuestro desalojo, preparémonos, hagamos el equipaje, despedámonos a tiempo de la compañía, desembaracémonos de esas violentas ataduras que nos retienen en otro sitio y nos alejan de nosotros mismos. Hay que desatar esos lazos tan fuertes, y a partir de ahora amar esto y aquello, pero no casarse sino consigo mismo. Es decir: que el resto nos pertenezca, pero no unido y adherido de tal manera que no podamos desprendernos de ellos sin desollarnos y arrancarnos a la vez alguna parte nuestra. La cosa más importante del mundo es saber ser para uno mismo.

c | Es hora de desligarnos de la sociedad, puesto que nada podemos aportarle. Y quien no pueda prestar, que evite coger prestado. Las fuerzas nos fallan; retirémoslas y encerrémoslas dentro de nosotros. Quien pueda revertir y confundir en sí las obligaciones de tantas amistades y de la compañía, que lo haga. En esta caída, que le vuelve inútil, pesado e importuno a los demás, que evite ser importuno y pesado e inútil para sí mismo. Que se halague y mime, y sobre todo que se gobierne, con respeto y temor por su razón y por su conciencia, de modo que no pueda tropezar ante ellas sin vergüenza. *Rarum est enim ut satis se quisque uereatur*³³ [Es raro, en efecto, tener suficiente temor de uno mismo].

Sócrates dice que los jóvenes deben hacerse instruir, los hombres ejercitarse en obrar bien, los viejos retirarse de toda ocupación civil y militar, viviendo a su arbitrio, sin adherirse

³² Cfr. Diógenes Laercio, I, 23 y 25.

³³ Quintiliano, X, 7, 24.

a ningún oficio determinado.³⁴ *a* | Hay temperamentos que se acomodan mejor a estos preceptos *c* | del retiro *a* | que otros.³⁵ Aquellos cuya aprehensión es lánguida y floja, y cuyo sentimiento y voluntad son delicados y no se someten ni aplican fácilmente, como es mi caso, por condición natural y por razón, se plegarán mejor a este consejo que las almas activas y atareadas, que lo abrazan todo y que intervienen en todo, que se apasionan con todo, que se ofrecen, presentan y entregan a todas las ocasiones. Debemos emplear estas ventajas accidentales y exteriores a nosotros en la medida que nos sean gratas, pero sin convertirlas en nuestro principal fundamento. No lo son; ni la razón ni la naturaleza lo admiten. ¿Por qué, en contra de sus leyes, hemos de someter nuestra satisfacción a un poder ajeno? Por otra parte, anticipar las variaciones de la fortuna, privarse de las ventajas que están en nuestras manos, como han hecho muchos por devoción y algunos filósofos por razonamiento, servirse a sí mismo, dormir en el suelo, sacarse los ojos,³⁶ arrojar las riquezas al río,³⁷ buscar el dolor—unos para ganarse la beatitud en otra vida merced al tormento en ésta; otros para protegerse de una nueva caída situándose en el escalón más bajo—,³⁸ eso es el acto de una virtud excesiva.³⁹ Que las naturalezas más duras y más fuertes hagan hasta de su escondrijo algo glorioso y ejemplar:

*tuta et paruula laudo,
cum res deficiunt, satis inter uilia fortis:
uerum ubi quid melius contingit et unctius, idem*

³⁴ Cfr. Estobeo, «De republica», *Sermo* 41 (pero en referencia a Aristoxeno).

³⁵ Cfr. Séneca, *La tranquilidad del ánimo*, 6, 2 y 7, 2.

³⁶ Lo habría hecho al parecer Demócrito; cfr. Cicerón, *El bien y el mal supremos*, v, 29, 87; Aulo Gelio, x, 17, 2-4.

³⁷ Como habría hecho el cínico Crates; cfr. Diógenes Laercio, vi, 87.

³⁸ Cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 18, 10.

³⁹ Es el tema del capítulo «La moderación» (1, 29).

*hos sapere, et solos aio bene uiuere, quorum conspicitur
nitidis fundata pecunia uillis.*⁴⁰

[alabo lo seguro y lo pequeño, cuando me faltan recursos, lo bastante fuerte entre cosas viles; pero, cuando se presenta algo mejor y más gozoso, digo igualmente que sólo son sabios y viven bien aquellos cuyo dinero se funda en espléndidas villas].

Por mi parte, bastante trabajo tengo ya sin ir tan lejos. Me basta con prepararme, bajo el favor de la fortuna, para la adversidad, y con representarme, cuando estoy a mis anchas, el mal que llegará, en la medida que la imaginación pueda lograrlo, tal y como nos acostumbramos a justas y torneos, y fingimos la guerra en plena paz. *c* | Arcesilao el filósofo no me parece menos reformado por saber que empleó utensilios de oro y plata, como le permitía la condición de su fortuna. Y lo estimo más que si se hubiese desprendido de ellos, pues los usaba con moderación y generosidad.⁴¹

a | Veo hasta qué límites alcanza la necesidad natural; y, considerando al pobre que mendiga en mi puerta, a menudo más alegre y más sano que yo, me pongo en su lugar, intento ajustar mi alma a su forma de vida. Y, recorriendo así los demás ejemplos, aunque crea que la muerte, la pobreza, el menosprecio y la enfermedad me pisan los talones, me decido fácilmente a no asustarme por aquello que uno inferior a mí asume con tan grande paciencia. Y no quiero creer que la bajeza del entendimiento pueda más que su vigor, ni que los efectos de la razón no puedan llegar allí donde llegan los efectos de la costumbre. Y, sabiendo hasta qué punto estas ventajas accesorias dependen de bien poco, en pleno goce no dejo de suplicar a Dios, como mi petición suprema, que me haga feliz por mí mismo y por bienes surgidos de mí.⁴² Veo a jóvenes llenos de vigor que, no obstante, en sus cofres

⁴⁰ Horacio, *Cartas*, I, 15, 42-46.

⁴¹ Diógenes Laercio, IV, 38.

⁴² Cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 74, 17.

llevan un montón de píldoras, para emplearlas cuando les apremie un resfriado. Lo temen mucho menos porque creen tener un remedio a mano. Así debe hacerse. Y, también, si uno se siente aquejado por alguna enfermedad más fuerte, debe proveerse de aquellos medicamentos que calman y adormecen la parte afectada.

Para una vida de esta suerte debe elegirse una ocupación que no sea ni pesada ni enojosa; de lo contrario, en vano nos jactaríamos de haber ido en busca de reposo. Esto depende del gusto particular de cada cual. El mío no se acomoda en absoluto a la administración doméstica.⁴³ Quienes la aman, deben entregarse a ella con moderación:

*Conentur sibi res, non se submittere rebus.*⁴⁴
[Que intenten someter los asuntos y no al revés].

La administración doméstica es, por el contrario, un oficio servil, como dice Salustio.⁴⁵ Tiene aspectos más excusables, como el cuidado de los jardines, que Jenofonte atribuye a Ciro.⁴⁶ Y cabe hallar un término medio entre el quehacer bajo y vil, tenso y lleno de preocupación, que vemos en los hombres que se sumergen en ella por completo, y el profundo y extremo descuido que lo entrega todo al abandono, que vemos en otros:

*Democriti pecus edit agellos
cultaque, dum peregre est animus sine corpore uelox.*⁴⁷
[Si el ganado de Demócrito devora los campos y los cultivos,
mientras su alma peregrina velozmente sin el cuerpo].

⁴³ Es éste un tema ampliamente desarrollado en el capítulo III, 9.

⁴⁴ Cfr. Horacio, *Cartas*, I, 1, 19. ⁴⁵ Salustio, *Catilina*, 4.

⁴⁶ Jenofonte, *Económicas*, IV, 16 y 24; cfr. Cicerón, *La vejez*, 17, 59.

⁴⁷ Horacio, *Cartas*, I, 12, 12-13.

Pero oigamos el consejo que Plinio el Joven ofrece a Cornelio Rufo, amigo suyo, sobre este asunto de la soledad: «Te aconsejo, en el rico y fértil retiro en el cual te encuentras, que dejes a tus sirvientes el bajo y abyecto cuidado de la casa y te entregues al estudio de las letras, para obtener con él alguna cosa que sea del todo tuya». ⁴⁸ Se refiere a la reputación; con una actitud parecida a la de Cicerón, que dice querer emplear la soledad y el descanso de los asuntos públicos para adquirir, merced a sus escritos, una vida inmortal: ⁴⁹

b | usque adeo ne

scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter? ⁵⁰

[¿hasta este extremo tu saber no vale
nada si otro no sabe que lo sabes?]

c | Parece razonable que, puesto que hablan de retirarse del mundo, miren fuera de él. Éstos lo hacen sólo a medias. Disponen bien su proyecto para cuando ya no estén. Pero, el provecho de su plan, pretenden sacarlo también entonces, ausentes, del mundo, con una contradicción ridícula. La imaginación de quienes buscan la soledad por devoción, colmando su ánimo con la certeza de las promesas divinas en la otra vida, está dispuesta de manera mucho más sana. Su meta es Dios, objeto infinito en bondad y poder. El alma tiene ahí con qué saciar sus deseos con toda libertad. Las aflicciones, los dolores les resultan provechosos, al ser empleados en la adquisición de una salud y gozo eternos. La muerte, a pedir de boca: tránsito a un estado perfectísimo. La dureza de sus reglas es allanada de inmediato por la costumbre; y las apetencias carnales, desalentadas y adormecidas por su rechazo, pues no las mantiene otra cosa que el uso y el ejercicio. Sólo este fin de otra vida de feliz inmortalidad merece lealmente

⁴⁸ Cfr. Plinio el Joven, *Cartas*, I, 3 (a Caninio Rufo).

⁴⁹ Cicerón, *Orador*, 43, 148. ⁵⁰ Persio, I, 26-27.

que abandonemos las ventajas y dulzuras de nuestra vida. Y si alguien puede inflamar su alma con el ardor de esta viva fe y esperanza de una manera real y firme, se forja en la soledad una vida placentera y deliciosa más allá de cualquier otra forma de vida.

a | Así pues, ni el fin ni el medio de este consejo me satisfacen:⁵¹ huimos del fuego y caemos siempre en las brasas. La ocupación de los libros es tan penosa como cualquier otra, y tan hostil a la salud, la cual debe ser nuestra principal consideración. Y no debemos dejarnos adormecer por el placer que se obtiene; es ese mismo placer el que pierde al administrador, al avaro, al lascivo y al ambicioso. Los sabios nos enseñan sobradamente a guardarnos de la traición de nuestros deseos, y a distinguir los placeres verdaderos e íntegros de los mezclados y abigarrados con más dolor.⁵² Porque la mayor parte de placeres, dicen, nos halagan y abrazan para estrangularnos, como hacían los ladrones que los egipcios llamaban «filetas».⁵³ Y si el dolor de cabeza nos llegara antes que la borrachera, evitaríamos beber demasiado. Pero el placer, para engañarnos, va delante y nos oculta su séquito. Los libros son agradables; pero si con su frecuentación perdemos al fin la alegría y la salud, nuestros mejores elementos, dejémoslos. Soy de los que piensan que su fruto no puede compensar esta pérdida. Los hombres que se sienten desde hace mucho debilitados por alguna indisposición, se someten finalmente a la merced de la medicina, y se hacen prescribir por arte ciertas reglas de vida para no transgredirlas más. De igual modo, quien se retira aburrido y disgustado de la vida común, debe conformar ésta a las reglas de la razón, ordenarla y ajustarla con premeditación y razonamiento. Deberá despedirse de toda suerte de trabajo, sea cual fuere su

⁵¹ El consejo que le da Plinio el Joven a su amigo.

⁵² Cfr. Platón, *Filebo*, 31a - 33c. ⁵³ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 51, 13.

semblante; y rehuir en general las pasiones, que impiden la tranquilidad del cuerpo y del alma, *b* | y elegir la ruta que sea más conforme a su talante:

*Vnusquisque sua nouerit ire uia.*⁵⁴

[Que cada cual conozca y siga su propio camino].

a | Hemos de entregarnos a la casa, al estudio, a la caza y a cualquier otro asunto hasta los últimos límites del placer, y evitar comprometernos más allá, donde el dolor empieza a intervenir. Debemos reservar sólo la tarea y ocupación que sea necesaria para mantenernos en vilo, y para resguardarnos de los inconvenientes que trae consigo el otro extremo, el de una ociosidad lánguida y amodorrada. Algunas ciencias son estériles y espinosas, y la mayor parte están forjadas para la multitud; deben dejarse a quienes estén al servicio del mundo. Por mi parte, sólo me gustan aquellos libros que son o amenos y fáciles, que me halagan, o aquellos que me consuelan y aconsejan para ordenar mi vida y mi muerte:

*tacitum syluas inter reptare salubres,
curantem quidquid dignum sapiente bonoque est.*⁵⁵

[deslizarse en silencio entre los salubres bosques, sin otra ocupación que aquello que es digno del sabio y del bueno].

La gente más sabia puede forjarse un reposo enteramente espiritual, pues su alma es fuerte y vigorosa. Yo, que la tengo común, para sostenerme he de ayudarme de los placeres corporales; y, puesto que la edad me ha arrebatado hace poco los que eran más de mi gusto, instruyo y avivo mi deseo en los que restan más convenientes a esta otra estación. Hemos de retener con uñas y dientes el uso de los placeres

⁵⁴ Propercio, II, 25, 38 (Montaigne traduce el verso antes de citarlo).

⁵⁵ Horacio, *Cartas*, I, 4, 4-5.

de la vida, que los años nos arrancan de las manos, unos tras otros:⁵⁶

*b | carpamus dulcia; nostrum est
quod uiuis: cinis et manes et fabula fies.*⁵⁷

[cojamos los placeres; es nuestro lo que vives:
te convertirás en ceniza, sombra y fábula].

a | Ahora bien, en cuanto al fin que nos proponen Plinio y Cicerón, la gloria, estoy muy lejos de tenerla en cuenta. La inclinación más contraria al retiro es la ambición. La gloria y el reposo no pueden alojarse en el mismo albergue. Por lo que veo, éstos sólo tienen los brazos y las piernas fuera de la multitud; su alma y su intención continúan, más que nunca, atadas a ella:

*b | Tun' uetule auriculis alienis colligis escas?*⁵⁸

[Entonces, viejo, ¿trabajas sólo para alimentar los oídos ajenos?]

a | Se han echado atrás sólo para saltar mejor, y para, con un movimiento más fuerte, penetrar más vivamente en la muchedumbre. ¿Queréis ver cómo se quedan cortos por un pelo?

Comparemos las opiniones de dos filósofos, y de dos escuelas muy diferentes, uno escribiendo a Idomeneo, otro a Lucilio, amigos suyos, para apartarlos de la administración de los negocios y de las grandezas, y dirigirlos hacia la soledad.⁵⁹ Hasta ahora has vivido—dicen—nadando y flotando; ven a morir al puerto. Has entregado el resto de tu vida a la

⁵⁶ (a) y prolongarlos con toda nuestra fuerza. / *Quamcumque Deus tibi fortunauerit horam, / grata sume manu, nec dulcia differ in annum* [Cualquier hora en que Dios te haga afortunado, cógela con mano agradecida, y no dejes los placeres para otro año; *ibidem*, I, 11, 22-23].

⁵⁷ Persio, V, 151-152.

⁵⁸ *Idem*, I, 22.

⁵⁹ Se trata de Epicuro en su carta a Idomeneo, y del estoico Séneca en sus cartas a Lucilio.

luz, entrega esta parte a la sombra. Es imposible abandonar las tareas si no renuncias a su fruto; así pues, deshazte de toda preocupación por el nombre y por la gloria. Existe el peligro de que el brillo de tus acciones pasadas te ilumine en exceso, y te siga hasta el interior de tu guarida.⁶⁰ Abandona, junto a los demás placeres, el que brinda la aprobación ajena; y, en cuanto a tu ciencia y capacidad, no te importe: no perderán su eficacia porque tú valgas más que ellas. Acuérdate de aquel que, cuando le preguntaron para qué se esforzaba tanto en un arte que no podía ser conocido por mucha gente, respondió: «Me basta con pocos, me basta con uno, me basta con ninguno».⁶¹ Tenía razón. Tú y un compañero sois teatro de sobra suficiente el uno para el otro,⁶² o tú para ti mismo. Que el pueblo sea para ti uno solo, y que uno solo sea para ti todo el pueblo.⁶³ Es una ambición cobarde pretender obtener gloria de la ociosidad y del ocultamiento. Tenemos que hacer como los animales, que borran su rastro a la entrada de su guarida.⁶⁴ No has de buscar más que el mundo hable de ti, sino cómo has de hablarte a ti mismo. Retírate en tu interior, pero primero prepárate para acogerte; sería una locura confiarte a ti mismo si no te sabes gobernar. Uno puede equivocarse tanto en la soledad como en la compañía. Hasta que no te hayas vuelto tal que no oses tropezar ante ti, y hasta que no sientas vergüenza y respeto por ti mismo, *c | obuersentur species honestae animo*⁶⁵ [que se ofrezcan imágenes honestas al espíritu], *a |* represéntate siempre en la imaginación a Catón, Foción y Arístides, ante los cuales aun los locos ocultarían sus faltas, y establécelos como censores de todas tus intenciones.⁶⁶ Si éstas se desvían, la reverencia por ellos te devolverá al camino. Te retendrán en la vía de

⁶⁰ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 19, 2-4.

⁶¹ *Ibidem*, 7, 11.

⁶² *Ibidem*, 7, 11. ⁶³ *Ibidem*, 7, 10.

⁶⁴ *Ibidem*, 68, 3-4.

⁶⁵ Cicerón, *Tusculanas*, 11, 22, 52.

⁶⁶ Cfr. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 25, 5-6.

contentarte contigo mismo, de no tomar nada en préstamo sino de ti, de detener y fijar el alma en unos pensamientos definidos y limitados donde pueda complacerse; y, tras haber entendido los verdaderos bienes, que se gozan a medida que se entienden, de contentarse con ellos, sin ansias de prolongar la vida ni el nombre. Éste es el consejo de la verdadera y genuina filosofía, no de una filosofía ostentosa y verbal, como es la de los dos primeros.⁶⁷

CAPÍTULO XXXIX

CONSIDERACIÓN SOBRE CICERÓN

a | **U**n trazo más para la comparación de estas parejas.¹ De los escritos de Cicerón y de este Plinio—que a mi juicio recuerda poco² al talante de su tío—³ se extraen infinitas pruebas de una naturaleza desmesuradamente ambiciosa. Entre otras, que solicitan a los historiadores de su época, a la vista de todo el mundo, que no les olviden en sus registros;⁴ y la fortuna, como por despecho, ha preservado hasta nosotros la vanidad de tales demandas y desde muy atrás ha hecho que esas historias se pierdan. Pero lo que rebasa toda baja de ánimo en personas de tal rango es haber querido obtener alguna gloria principal de la cháchara y el parloteo, al extremo de

⁶⁷ Es decir, la de Plinio el Joven y Cicerón, cuya filosofía es contrapuesta a la de Epicuro y Séneca.

¹ Las mencionadas en el capítulo anterior: Cicerón y Plinio, Séneca y Epicuro.

² (a-b) no recuerda nada

³ Plinio el Viejo, autor de la *Historia natural*, muy admirado por Montaigne (véase I, 26).

⁴ Cfr. Cicerón, *Cartas familiares*; V, 12, 1-3; Plinio el Joven, *Cartas*, VII, 33.